

# CARAS Y CARETAS

De regalo **FIN**  
una revista para chicos y  
chicas del nuevo milenio

Año 52

Nº 2.286



Septiembre 2013 / \$35



A 40 años de las elecciones de 1973

## EL REGRESO DE PERÓN AL PODER



# Lo que fue Santiago ensangrentada

Producción: Federico Luzzani

A 40 años del golpe contra Salvador Allende, **Caras y Caretas** consultó a ocho personalidades latinoamericanas. Las preguntas, para todos iguales, fueron: 1) ¿Cómo recuerda el día del golpe? 2) ¿Qué lectura hace de lo que significó el 11 de septiembre de 1973 para Chile y para América latina?



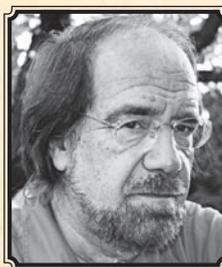
**LUCÍA TOPOLANSKY. Senadora y primera dama de Uruguay**

1) El día del golpe en Chile yo estaba presa. Por indicios que nos llegaban a través de las visitas, sabíamos que la situación al otro lado de la Cordillera no era sencilla. Ese día, a media mañana, el comandante de la cárcel entró en nuestra celda. Gritó algunos insultos y

tiró al suelo unas hojas de un diario diciendo: "Allende se suicidó", y se fue. Se veían en el diario las fotos de La Moneda en llamas y otras tomas con muchos tanques y militares. Supimos que era un golpe. Muchas compañeras tenían familiares exiliados en Chile y todas conocíamos compañeros y compañeras que habían sido acogidos por la solidaridad de ese gran hombre que fue Salvador Allende. Se hizo un silencio, pensamos lo peor. Por muchos días, no supimos más nada. En el sur de Latinoamérica, Chile era en esos años una luz de esperanza.

2) Leí mucho sobre los hechos que precedieron y siguieron al golpe. Hablé con protagonistas, gente del pueblo, militantes y víctimas chilenas y uruguayas. Llegué a algunas certezas. Fue compleja la llegada de Allende al gobierno; faltó unidad en su grupo político. Primaron las buenas intenciones sobre las realidades. Por momentos, y sobre todo al final, Allende fue un incomprendido y estuvo muy solo. Basta releer sus palabras de la última semana. ¿La izquierda chilena no estuvo a la altura de las circunstancias? No me atrevo a juzgar, es muy difícil cuando se perdieron tantas vidas. Pero leí autocríticas muy duras que tienen el valor de ayudar a construir el futuro. ¿Era el momento del gobierno de Allende para transitar la vía electoral en Latinoamérica? Esa era una discusión que partía en dos a la izquierda latinoamericana, y aún más después de la Revolución Cubana, la Organización Latinoamericana de Solidaridad y otros

eventos. El golpe fue una profunda herida que aún no cierra para Chile y Latinoamérica. Al largo país andino lo rige aún la perversa Constitución de Pinochet. Hay todavía presos políticos del grupo Manuel Rodríguez. Como creemos en el Hombre e intentamos construir, sabemos que más temprano que tarde Chile ingresará en otros escenarios más promisorios con un contexto latinoamericano y mundial muy diferente.



**MANUEL GARRETÓN. Sociólogo y politólogo chileno**

1) Ese día y los que vinieron fueron para mí el descubrimiento de lo que André Malraux llamara el "Mal absoluto que se opone a la fraternidad". En la mañana temprano, el llamado de una amiga preguntando, la confirmación con una autoridad de gobierno y los discursos de

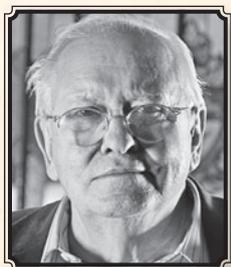
Allende por la radio que no dejaban dudas (pese a su mirada hacia el futuro de "las grandes alamedas") de que no había esperanzas. Luego fui a la Universidad Católica, en la que era decano, miembro del Consejo Superior y dirigente de los profesores de izquierda; vi y oí el bombardeo terrorista de La Moneda (aún no han sido juzgados ni sus autores intelectuales ni sus ejecutores); traté de "limpiar" documentos que, aunque sólo académicos, pudieran dar pretexto para persecuciones. Luego me despedí de la familia y me refugié con otros colegas porque venía el toque de queda. Disparos, calles desoladas e invadidas, y la horrorosa figura de los generales asesinos por televisión, cerrando el Congreso, haciendo listas de personas a entregar, amenazando con más muertes. En esos refugios fuimos perfilando lo que sería la estrategia de resistencia o supervivencia en las universidades: proteger a los perseguidos; denunciar lo que ocurría, hasta que intervinieron las universidades; establecer redes con el extranjero; mantener vínculos





con quien era el gran canciller de la Universidad, el cardenal Raúl Silva Henríquez, que tenía un rol importante en defensa de los perseguidos. Se comenzaba a organizar desde el mundo académico, de cuyas universidades seríamos expulsados, la resistencia y crítica de la sociedad que se instalaba a sangre y fuego.

2) Con el golpe del 73 y otros similares en el Cono Sur, se terminaron los proyectos populistas, democratizantes, desarrollistas, socialistas o revolucionarios precedentes. Se establecen dictaduras castrenses con un nuevo papel de las Fuerzas Armadas, que generan un régimen de terror desconocido hasta ese momento, en connivencia con fuerzas civiles de derecha que buscan recomponer el orden capitalista, sin interferencias sociales o políticas de redistributivistas, y consolidando el dominio hegemónico norteamericano en la región. Toda derrota política implica repensar el proyecto más allá de la brutalidad de los vencedores. El fracaso no consiste en haber carecido de fuerza armada o revolucionaria, sino en haber concebido un proyecto de tal envergadura, inédito y carente de modelo teórico o histórico como construir el socialismo desde un gobierno democrático, sin una estrategia adecuada. La lección aprendida se expresó en la creación de una de las coaliciones más sólidas de la historia latinoamericana, que gobernó los veinte años siguientes a la dictadura: la Concertación de Partidos por la Democracia, constituida por grupos de centro e izquierda, que estuvieron cerca de destruirse entre sí en la Unidad Popular. Esta lección se complementa con el aprendizaje de que los nuevos proyectos no pueden ser reproducción de los clásicos modelos socialistas o de la sola lucha por la democracia. Allende nos enseñó que la profundización democrática exige cambios socioeconómicos y culturales. Hoy sigue vigente la idea de superar al capitalismo, pero eso no se puede hacer sólo con los partidos y sus alianzas, ni sólo con los movimientos que los rechazan: se trata de construir nuevos sujetos político-sociales cuyo proceso, no sin dificultades y complejidades, parece en marcha.

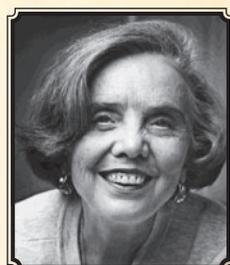


**ERNESTO LACLAU. Filósofo argentino**

1) Cuando ocurrió el golpe yo estaba en Inglaterra. En la Universidad de Essex tenía muchos alumnos chilenos, la mayoría de los cuales pasaron automáticamente a ser exiliados. Varias organizaciones creadas ad hoc se ocuparon de conseguirles becas, de modo que pudieran sobrevivir y continuar sus estudios en universidades británicas. Yo fui miembro de una de estas organizaciones, llamada Academics for Chile. El impacto político en toda Europa fue enorme. En Francia tuvo lugar una manifestación masiva de repudio, encabezada por François Mitterrand y Georges Marchais. Lo mismo en casi todos los países europeos. Eran días tempranos respecto de los cambios inmensos que la izquierda europea habría de experimentar en esa época. En los años sucesivos, la reflexión sobre Chile iba a ser uno de los parámetros de las discusiones políticas y estratégicas en Europa.

2) Aquel golpe tuvo la significación de mostrar una nueva corriente en la situación regional. Hasta ese momento, se había dado la implantación de un solo régimen dictatorial con visos de permanencia, el brasileño, y podía pensarse que se trataba de una experiencia aislada. Pero con el golpe de Chile se inicia una etapa distinta: un nuevo modelo de regimentación política, econó-

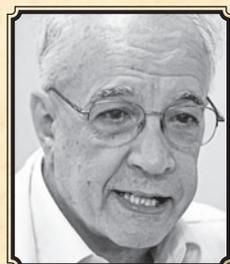
mica y social que habría de consolidarse con la implantación de las dictaduras uruguaya y argentina poco después. El nuevo tipo de régimen presentó rasgos definidos y similares. Internacionalmente, la subordinación a Washington, que entrenó a las fuerzas armadas latinoamericanas en la llamada "guerra contrainsurgente". Económicamente, la aplicación de una férrea política neoliberal de ajustes, que desmanteló las industrias nacionales y que sólo podía implementarse por regímenes militares que borrarán hasta las huellas de la participación democrática. Pero la experiencia dejó algunas enseñanzas para la izquierda, la más importante fue comprender que sin respeto por las libertades públicas fundamentales no hay progreso social posible. La segunda lección es que este progreso sólo puede ocurrir si el continente sigue una ruta autónoma, libre de la política de las potencias imperiales y de las organizaciones financieras internacionales.



**ELENA PONIATOWSKA. Escritora y ensayista mexicana**

1) En la mañana muy temprano, al enterarme de la noticia por la editora de la editorial ERA, sentí una inmensa tristeza. En México, muchos habíamos seguido con gran emoción al doctor Salvador Allende durante su estancia en nuestro país. En esa oportunidad pudimos disfrutar de su inteligencia, la fuerza de su carácter y su simpatía. Los estudiantes lo vitorearon en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la calle. Todas sus presentaciones públicas fueron jubilosas. Era como si todas las calles de todas las ciudades de América latina se hubieran cubierto de flores. Allende hablaba en las grandes avenidas y nosotros sentíamos que se habían abierto para todos aquellos que no tenían salida.

2) Para América latina, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 fue un impacto mortal. Si Chile se llenó de muerte, también México quedó enlutado y tremendamente golpeado. Allende siempre ha estado presente en las aulas universitarias de México, los jóvenes lo conocen y lo aman; el allendismo es una postura ante la vida. El golpe contra el presidente Salvador Allende, además de una cuchillada a la libertad, entronizó a los dictadores de América del Sur y exoneró al general Augusto Pinochet y a todos los dictadores y políticos corruptos que hemos padecido y de quienes aún no logramos zafarnos. Desde aquel entonces no hemos logrado reponernos. Sólo la Argentina a través de la asociación de los hijos de desaparecidos logró denunciar a los torturadores y llevar al banquillo de los acusados a Jorge Rafael Videla, a Leopoldo Fortunato Galtieri y a Alfredo Astiz, entre otros responsables del genocidio argentino.



**EMIR SADER. Sociólogo y politólogo brasileño**

1) Me despertaron el 11 de septiembre de la misma forma que a fines de junio, cuando hubo un primer intento de golpe: con el sobrevuelo de aviones, porque yo vivía a dos cuadras del Palacio de La Moneda. Pero esa vez no era sólo la aviación que se hacía presente: La Moneda estaba cercada por tropas. Era el golpe. Fui con mi compañera, María Regina Marcondes Pinto, al Centro de Estudios Socioeconómicos (Ceso) de la Universidad de Chile, donde yo





trabajaba. Allí me encontré con Ruy Mauro Marini, Marco Aurelio García, Marta Harnecker, Theotonio dos Santos y Gunder Frank, entre otros. Apareció Pinochet en la televisión, anunció el golpe y dio un plazo para que Allende se rindiera o La Moneda sería bombardeada. El Presidente había pronunciado, en la última radio todavía no invadida, su famoso discurso de las “grandes alamedas”. Pasó el plazo, y empezaron los vuelos rasantes de los bombarderos ingleses, que se podían ver bien desde donde estábamos. Subía humo desde La Moneda. El golpe estaba consumado y se decretó el estado de sitio. Nos quedamos escondidos en el Cesó. Al día siguiente suspendieron por algunas horas el toque de queda y salimos en el auto de Marco Aurelio, pero fuimos detenidos cerca del Estadio Nacional. Identificados como brasileños, fuimos llevados a una comisaría de Ñuñoa. Ahí vimos gran cantidad de presos: jóvenes detenidos con bolsos que contenían armas y revistas *Punto Final*. Había también un grupo de haitianos (denunciados como si fueran cubanos) que estaban con nosotros en la celda y que –luego supimos– fueron fusilados. Poco antes del retorno del toque de queda, nos fuimos a lo de Marco Aurelio, desde donde llegamos a la Embajada de Panamá.

2) El gobierno de Allende fue electo a destiempo en la región. El cerco del terror se cerraba sobre el Cono Sur. Cuando él asumió, ya estaba consolidada la dictadura en Brasil. En la Argentina todavía estaba el gobierno de Perón, pero en Uruguay también había habido un golpe de Estado. El de Chile señaló que las clases dominantes latinoamericanas –bajo dirección del gobierno de EE.UU.– habían optado por la vía brasileña. Pero, a diferencia de Brasil, los nuevos regímenes del Cono Sur ya no encontrarían el capitalismo en su ciclo largo expansivo sino en su ciclo largo recesivo. No pudieron reproducir la combinación de dictaduras con crecimiento económico. No obstante, la Doctrina de Seguridad Nacional se reprodujo fielmente en todas las dictaduras de la región, destruyendo todos los vestigios de democracia existentes, concentrando su acción sobre las organizaciones del campo popular. Eso facilitarían luego la instauración de gobiernos neoliberales.

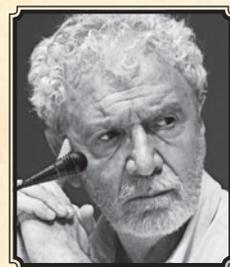


**DORA BARRANCOS. Socióloga argentina**

1) No había en la época flashes televisivos, así que ya había salido de mi casa cuando me enteré. Con algunos compañeros de trabajo no lográbamos despegarnos de una radio Spika para oír las noticias del golpe y la muerte de Salvador Allende. No cesaba de preguntarme si lo que escuchaba era verdadero. A las pocas horas, alentada por las versiones que corrían sobre la resistencia del pueblo que, con la participación activa de trabajadores y campesinos, iban ganando batallas en diversos lugares, fui envalentonándome. Tenía la convicción de que debido a la débil influencia histórica de las fuerzas armadas y a los disensos que surgirían el golpe no tardaría en ser erosionado. Era una socióloga con poco conocimiento de la historia de Chile; si hubiera estado más advertida sobre esa historia no habría podido alentar la idea de la prescindencia de los militares en la política del hermano país. El repudio al golpe fue muy extendido, sorprendió incluso a los grupos conservadores de nuestro medio. Ese golpe trágico inflamó la voluntad de cambio de mi generación y nuestra radicalidad.

2) Para la sociedad chilena, el quiebre tuvo enormes consecuencias que hasta el día de hoy se perciben, puesto que el

dictador Augusto Pinochet lideró las fuerzas reaccionarias durante un largo ciclo, incluso ganando elecciones. Sólo con el gobierno de Michelle Bachelet Chile ingresó en la fase de la “transición democrática”. El golpe de 1973 puso en claro la participación directa de la CIA y de los intereses estadounidenses con la estrecha articulación de aquellos que detestaban visceralmente al gobierno socialista y despreciaban a los sectores populares. Fue una amarga lección en aquella época. Se hizo evidente que las fuerzas antipopulares no trepidaban y que la ferocidad de la represión que fue ejercida contra el pueblo chileno podría ser emulada. Fue una intuición que se tornó la profecía autocumplida cuando asistimos al horror desencadenado por el golpe de Estado de 1976 en la Argentina.



**CARLOS GABETTA. Periodista argentino**

1) La primera imagen que me viene a la mente es la cara de mi padre, Alberto, cuando supimos del golpe de Estado y la muerte del presidente Salvador Allende. Viejo dirigente sindical y del Partido Socialista, pasaba de la furia incandescente a una expresión de tristeza que jamás le había visto. Luego comenzaron a llegar los que escapaban del general Augusto Pinochet; dirigentes o simples militantes políticos y sindicales, que nos daban detalles del terror desatado por los militares chilenos. Reinaba un ambiente de consternación y furia, duplicado por el hecho de que en nuestro país se vivía un momento de esperanza. Héctor Cámpora había sido elegido presidente en marzo, y aunque el peronismo ya había comenzado la involución que acabaría en la crisis económica, la Triple A e Isabel Martínez, el clima a la caída de Allende era aún positivo, unitario. La izquierda peronista y la izquierda a secas se entendían y hasta colaboraban en la militancia y en la vida de todos los días. De allí el asombro y la furia. Pinochet no había derrocado a un tirano ni a un demagogo populista; no había en Chile una situación de conflicto social grave o de crisis económica. El golpe de Estado en Chile acabó con la primera experiencia de socialismo democrático explícito apoyado por la mayoría: el doctor Allende acababa de ganar las elecciones municipales.

2) El golpe de Estado en Chile ratificó en sus posiciones a todos los movimientos revolucionarios de la época. Yo era militante del PRT, cuyo “brazo armado” era el ERP, y la muerte de Salvador Allende me sorprendió en un momento de serias dudas sobre lo pertinente de la vía que habíamos elegido. Pero Pinochet me las quitó. Si no era posible llegar al socialismo por la vía democrática, transparente, pedagógica, que la Unión Popular estaba ensayando en Chile, entonces los “fierros” –partidarios intransigentes de la vía armada– tenían razón. El golpe en Chile vino a dar razón a los sectores más extremistas de la izquierda. Ya se habían producido los golpes de Estado en Brasil, Bolivia y Uruguay; la situación en la mayoría de los países de América latina era similar. Hay muchas enseñanzas para extraer de ese proceso. La más importante es que las necesarias transformaciones hacia una mayor igualdad y libertad deben buscarse en el marco republicano. Después del fracaso de la Unión Soviética, quedó claro que el socialismo sin libertad es imposible, además de resultar una contradicción en sí misma. Aunque necesita cambiar y adaptarse al socialismo, el sistema republicano debe ser defendido de los extremismos, tanto de derecha como de izquierda. ❖

